



## **ESPIRITUALIDAD Y POLÍTICA: INDEPENDENCIA COMPLETA Y RELACIÓN PROFUNDA**

### **Marià Corbí**

Publicado en el libro: *Espiritualidad y política* (Cristóbal Cervantes, ed.). Kairós, 2011. 346 p.

Nuestras reflexiones se sitúan en las sociedades desarrolladas. En ellas los modos preindustriales de sobrevivencia han desaparecido por completo, con excepción de algunos pocos residuos; la industrialización se ha extendido a todos los niveles de la vida de los ciudadanos; y se han asentado profundamente las nuevas sociedades industriales de innovación continua y cambio, también llamadas sociedades informatizadas o sociedades de conocimiento.

La desaparición de las sociedades preindustriales y la generalización de las industrias han llevado a las religiones, como sistemas de creencias impositivas, de organización jerarquizada y patriarcal, a una crisis mortal. Con esas transformaciones las religiones han perdido el humus en el que nacieron, vivieron y se desarrollaron.

Las religiones, como sistemas de creencias, en la mayoría de los países y regiones desarrollados, además de quedarse sin tierra en la que enraizarse y sustentarse, están recibiendo el duro impacto de las sociedades de conocimiento. Llamamos sociedades de conocimiento a aquellas que sobreviven y prosperan creando continuamente nuevos saberes científicos y tecnológicos y, a través de ellos, nuevos servicios y productos.

El crecimiento imparable y acelerado de las tecnociencias supone una continua transformación de las interpretaciones de la realidad en todos sus niveles, también en los humanos y comunicativos; una continua transformación de las formas de trabajar y organizarse y, consiguientemente, una continua transformación de los sistemas de cohesión, valoración y fines colectivos. En las sociedades en que se vive de la constante creación de tecnociencias, todo cambia continuamente. Por esa razón, los colectivos y los individuos tienen que excluir todo lo que fije y estar dispuestos a cambiar lo que sea, cuando sea conveniente.

Las sociedades preindustriales vivieron durante milenios haciendo fundamentalmente lo mismo. Los cambios fueron muchos e importantes, pero no afectaron a los ejes centrales de las estructuras de esas sociedades. Los modos fundamentales de pensar, sentir, actuar, organizarse y vivir venían determinados por sistemas de programación colectiva construidos inconscientemente a lo largo de centenares de años y avalados por la religión que los sacralizó y, con ello, bloqueó los cambios de importancia y las posibles alternativas.

Las sociedades preindustriales se articulaban a través de esos programas, que las religiones proclamaban como de revelación divina y, por consiguiente, intocables y sagrados. Este tipo de sociedades se cohesionaban a través de esas creencias intocables, a las que había que someter la mente, el sentir, la acción y la organización.

Puesto que las creencias funcionaban como programa y cohesionador colectivo, no eran libres, sino impositivas. Para imponerlas se necesitaba de la coerción y del poder político para aplicarlas.

Las sociedades de conocimiento deben excluir las creencias. Llamamos creencias en sentido estricto a las que se tienen por reveladas; diferenciamos esta noción de las creencias en sentido lato, que son en realidad supuestos acríticos. Excluir las creencias supone no poderse cohesionar por la sumisión, sino por la aceptación voluntaria de proyectos colectivos. Si hay que excluir la sumisión, hay que excluir la coerción. Donde no se necesita coerción tampoco se necesita del poder político para que la aplique.

Las nuevas sociedades de conocimiento tienen que articularse apoyadas en la voluntariedad. Los miembros de las nuevas sociedades aceptan voluntariamente los proyectos colectivos que ellos mismos se construyen y proponen. Una vez aceptados se establecen leyes que deben respetarse, aunque para ello requieran de la coerción y del poder, pero ya sobre la base de la voluntariedad.

Las nuevas sociedades deben construir sus propios proyectos de vida colectiva e individual, teniendo en cuenta, en primer lugar, las posibilidades y riesgos de las nuevas tecnociencias y de su rápido y continuo desarrollo; y teniendo en cuenta, también, la necesidad de programarse individual y colectivamente para el cambio constante y la no fijación, por consiguiente, fuera de creencias intocables.

Todos los parámetros de estas sociedades están sometidos a cambios continuos. Quienes pretendan fijar alguna de las dimensiones de la vida de los colectivos, están atentando contra la lógica interna de las sociedades de innovación y cambio. La necesidad de ser conscientes y de adaptarse a esos cambios crea una nueva consciencia colectiva: todo debemos construirnoslo nosotros mismos, nada nos baja del cielo, ni nos es dado por la naturaleza de las cosas.

Esa nueva consciencia, impensable en las sociedades preindustriales, viene reforzada por la convivencia de diversas culturas, tradiciones espirituales y tradiciones religiosas, cada una de ellas con la pretensión de ser la única verdadera, o como mínimo, de ser el lugar de la revelación plena y definitiva de Dios. Ese roce continuo de tradiciones culturales y religiones se produce a nivel global, posibilitado por los medios de comunicación e informáticos y por la convivencia de toda esa diversidad en nuestros países y ciudades, provocada por la inmigración masiva y creciente.

En las sociedades de innovación, cambio y globalización, la vivencia, -de modo explícito y conscientemente o implícita e inconscientemente- de que ya nadie puede vivir como sus antepasados y de que todo nos lo hacemos nosotros a propio riesgo, se ha extendido a todas las culturas, a todos los países, hasta los lugares más remotos de la tierra.

Esta nueva consciencia, a medida que crece, advierte que nos movemos en una sociedad de riesgo. Nunca nuestra especie había vivido de cambiar todos sus parámetros continuamente; nunca habíamos sido conscientes de que todos nuestros proyectos de vida, individuales y colectivos, eran construidos por nosotros mismos, sin ninguna garantía externa, sea de procedencia divina o de la naturaleza de las cosas. Las sociedades de conocimiento son sociedades de riesgo; poco a poco vamos tomando consciencia de ello.

Supuesto que todo está en nuestras manos, debe preocuparnos profundamente la cualidad humana de esos constructores. Si los constructores no tienen una cualidad humana proporcionada al poder de nuestras ciencias y tecnologías, nuestras tecnociencias funcionarán sin control, como un aprendiz de brujo.

Veamos un poco más detalladamente cómo funcionó la espiritualidad, la religiosidad, en las sociedades preindustriales que nos han precedido, y podremos saber cómo se alimentaba la cualidad humana en los individuos y en la política.

La espiritualidad, cultivada en un grado u otro, era el fundamento de la cualidad humana. Espiritualidad y cualidad humana venían vehiculadas por la religión como sistema de creencias y sumisiones y no podía distanciarse de ella.

La religión funcionaba como programa colectivo, es decir, como patrón exclusivo y excluyente, de interpretación y valoración de la realidad, de actuación y de organización. Esta era la función principal de los mitos, símbolos y rituales en los que se expresaba la religión. La función de esas formaciones no era primariamente espiritual, sino ordenada a la modelación de la realidad según un concreto modo preindustrial de supervivencia. Los mitos, símbolos y rituales proporcionaban primariamente el programa cultural que completaba nuestra insuficiente determinación genética. Ese programa, imprescindible para nuestra supervivencia, nos convertía en vivientes culturales y funcionaba a la manera de un software colectivo.

Desde ese modelador o software se interpretaba y vivía necesariamente nuestra noticia de la dimensión absoluta de la realidad, propia de nuestra condición de hablantes. Nuestra condición de hablantes nos proporciona un doble acceso a la realidad, un acceso en relación a nuestras necesidades, como los demás vivientes, y otro acceso independiente de la significación que las realidades puedan tener para nosotros, por consiguiente, absoluto en el sentido de ahí dado e independiente de toda relación a nosotros.

En toda la larga etapa preindustrial, e incluso hasta muy entrada la industrialización, se tuvo una interpretación de los mitos, símbolos y rituales como descripciones fidedignas de la realidad, tanto de la humana como de la divina. Se pensó que lo que enunciaban nuestras palabras, las míticas y las no míticas, decían como lo real era. A esa actitud le llamamos epistemología mítica porque fue generada en los mitos, aunque se prolongó en la filosofía y en las ciencias hasta bien entrado el siglo XX.

Convertir los sistemas míticos y simbólicos en sistemas de creencias intocables fue la forma de asentar e imponer programas que excluían cambios de importancia y posibles alternativas a las sociedades que vivían de hacer siempre básicamente lo mismo. Los cambios importantes y las posibles alternativas suponían un grave riesgo de alterar programas colectivos que habían sido elaborados a lo largo de centenares de años y que fueron verificados y corregidos largamente hasta asegurar eficazmente la supervivencia.

Podríamos afirmar que la epistemología mítica fue la manera de interpretar y vivir la realidad desde sociedades estáticas que excluían todo cambio de importancia. La noción de revelación divina venía a sellar, con sello divino, la intocabilidad de los mitos, símbolos y rituales, los sistemas de creencias que se derivaban de ellos y la epistemología mítica como el único modo correcto de interpretar y vivir mitos y creencias.

En este contexto cultural, la espiritualidad tenía que vivirse desde mitos y creencias. Nadie podía salirse del todo del software, del programa que le estructuraba y estructuraba a la totalidad del colectivo en que vivía. Nadie puede saltar más allá de la propia sombra. Además, hubiera sido una grave responsabilidad salirse de los mitos y creencias colectivas, fundamentándose en experiencias espirituales. Se pondría con ello en riesgo a la colectividad y al sistema que aseguraba, mal que bien, su supervivencia. En ese tipo de sociedades, las autoridades religiosas y civiles perseguían a quienes pusieran en riesgo el programa colectivo tan costosamente construido y siempre frágil.

Durante toda la época preindustrial se vivió la paradoja de que la espiritualidad y la cualidad humana venían vehiculadas por mitos y creencias, y que esa misma espiritualidad y cualidad tendía a distanciar inevitablemente de todas esas construcciones humanas. Podría afirmarse que gracias a la religión, los más religiosos de sus miembros ponían en peligro la religión misma como sistema de creencias. La religión y la espiritualidad caminaban juntas un buen trecho para tender luego a separarse. Hay, pues, que distinguir entre religión como sistema de creencias y espiritualidad o cualidad humana honda. ¿Qué pasa, en este contexto, con la relación de la religión y la política?

Hemos dicho que la religión, en las sociedades preindustriales, funcionaba como programa colectivo, como patrón de interpretación y valoración de la realidad y de actuación

y organización. Pero no podía ejercer ese papel en las sociedades estáticas, que excluían todo cambio de importancia y alternativa, más que convirtiendo el sistema simbólico en el que se expresaban, en rígido sistema de creencias.

Las creencias que cohesionan y programan a una sociedad no pueden ser libres para ninguno de sus miembros ni tampoco para la sociedad en su conjunto. Las creencias, en las que se formulan las pretensiones de los mitos y los símbolos, son obligatorias, por tanto impositivas; y si impositivas, coercitivas.

A las religiones como sistemas de creencias y como programas colectivos no les interesa tanto la profundidad de la espiritualidad como la sumisión. La profundidad de la espiritualidad puede ser peligrosa para la religión y para la sociedad. Basta con algún grado de espiritualidad, o si se prefiere, de cualidad humana, para que la religión haya cumplido su misión. Lo que realmente les interesa a las religiones como sistemas de creencias es la sumisión de la mente, del sentir, de la actuación y de la organización a los patrones revelados.

¿Cómo asegurarse esa sumisión, imprescindible para cumplir su función en las sociedades preindustriales? Identificándose con el poder político o aliándose fuertemente con él. Una consecuencia inevitable de esta alianza es la alianza de la religión con la riqueza, si no a nivel individual, que en muchos casos ha sido así sobre todo entre los jefes, por lo menos a nivel de organización.

Aquí se entra en un círculo, necesario en las sociedades preindustriales estáticas, pero en realidad vicioso. La religión necesita imprescindiblemente del poder para cumplir su misión de programadora de la colectividad, de cohesionadora y de cultivadora de un mínimo de cualidad humana que haga a la sociedad viable; y el poder necesita también imprescindiblemente de la religión para que lo legitime y legitime la coerción y la violencia moral y física cuando fuera necesario.

Tenemos pues, que la religión como sistema de creencias lleva necesariamente al pacto con el poder político y, como rebote, también al pacto con la riqueza. Por el contrario, la religión como sistema de creencias, aunque fue un buen instrumento para el cultivo colectivo de unos mínimos suficientes de cualidad humana, tendió siempre a separarse de los grados de espiritualidad y cualidad humana honda. Evidentemente siempre hubo excepciones, pero la historia atestigua la regla general en todas las culturas agrario autoritarias de la historia de la humanidad, se encuentren donde se encuentren.

¿Qué ocurre con la espiritualidad y la política cuando las sociedades preindustriales agrario-autoritarias desaparecen, se generalizan los modos de vida industrial y se asientan las sociedades globalizadas de conocimiento, innovación y cambio continuo?

Vivimos y prosperamos cambiando; necesitamos programarnos para cambiar y estar dispuestos a cambiar al ritmo del crecimiento de nuestras tecnociencias. Debemos excluir y bloquear lo que fije, por tanto, debemos excluir las creencias.

Las religiones como sistemas de creencias y de programación colectiva por vía de sumisión y de imposición, resultan inviables y perjudiciales para el buen funcionamiento del nuevo tipo de sociedades industriales. Es lógico que las religiones entren en crisis grave y lo es también que las generaciones más jóvenes, que ya no han vivido las condiciones de las sociedades mayoritariamente preindustriales, se alejen de las religiones.

El empeño de las autoridades religiosas en continuar manteniendo las religiones como sistemas de creencias y de programación colectiva de las nuevas sociedades, las condena a la marginalidad y al ostracismo para las nuevas generaciones.

Si queremos heredar la sabiduría acumulada en las grandes tradiciones religiosas a través de milenios, habrá que aprender a leerlas ya no como fundamento de sistemas de creencias, sino como sistemas simbólicos que expresan la dimensión profunda y absoluta de nuestro existir y los procedimientos para acceder a ella.

Las grandes tradiciones religiosas de la humanidad son inmensos depósitos de sabiduría y cualidad humana profunda, que están a nuestra disposición, si aprendemos a leerlos sin creencias y sin epistemología mítica.

La epistemología no mítica es consciente de que los mitos, símbolos y rituales en los que se expresan las religiones son creaciones humanas; es consciente de que todo nuestro hablar de la realidad no describe la realidad sino que la modela a la medida de unos pobres vivientes como nosotros; es consciente que tampoco la revelación puede tomarse como una descripción de la realidad.

La epistemología no mítica sabe del profundo sentido expresivo de mitos, símbolos y rituales de las religiones de nuestros antepasados y sabe del serio fundamento de la noción de revelación como un símbolo más que apunta a un aspecto peculiar de la dimensión absoluta de nuestro acceso a realidad, pero no lo describe; la revelación no puede ser entendida como lo hicieron las generaciones que nos precedieron, ni puede ser razón para frenar los cambios que es preciso hacer en los modos de vida, en todos los órdenes, al ritmo del crecimiento de nuestras tecnociencias.

En el nuevo contexto cultural, la espiritualidad deberá presentarse libre de sumisiones. En ese nuevo contexto sería más adecuado hablar de cualidad humana profunda que de espiritualidad, porque la espiritualidad es una noción que en su raíz está dependiendo de una antropología de cuerpo y espíritu que ya no es la nuestra.

Habrá que aprender a comprender, sentir y vivir el gran legado de sabiduría, de cualidad humana honda de las tradiciones religiosas, sin creencias, porque no nos son posibles y sin religiones como sistemas de creencias porque tampoco nos son posibles.

¿Cuál será, en estas situaciones, la relación entre la espiritualidad y la política?

La espiritualidad heredada de las tradiciones religiosas deja de funcionar como cohesionador y programa colectivo. Los postulados axiológicos y los proyectos colectivos de las sociedades dinámicas de la segunda industrialización debemos construirnoslos nosotros mismos. Esos postulados de lo que, con nuestras potentes tecnociencias y su continuo desarrollo, queremos hacer de nosotros mismos y del medio en que vivimos, serán las matrices axiológicas desde las que se construirán los proyectos colectivos a todo nivel, desde los más altos de nuestras organizaciones internacionales, hasta los más bajos de nuestras organizaciones inmediatas y personales.

Esos postulados y proyectos no pueden ser creídos, en el sentido estricto del término, porque los construimos nosotros mismos y los hemos de revisar periódicamente cuando las transformaciones que inducen en nuestras vidas las tecnociencias lo requieran. Puesto que no pueden ser creídos, deben ser adoptados libremente. Sin el fundamento de creencias intocables no pueden ser impuestos, no se puede pedir la sumisión sino la aceptación y el compromiso con ellos libremente.

La espiritualidad es pues libre y autónoma con relación a los postulados y proyectos colectivos. No puede pedir la sumisión porque no se puede apoyar en creencias impositivas, sólo puede invitar a la adhesión voluntaria. No puede ni quiere someter las mentes, el sentir, la acción y la organización, no necesita, pues, instrumentos de coerción, por consiguiente, no necesita del poder político.

La espiritualidad no precisa pactar con el poder, al contrario, debe evitarlo. Si no precisa pactar con la capacidad de coerción del poder, menos necesita de las riquezas que van asociadas al pacto con el poder.

Por su parte el poder político no necesita de la legitimación de la religión entendida como vía de la espiritualidad y no como sistema de creencias. La espiritualidad no puede proporcionarle esa legitimación porque se legitima por la adhesión voluntaria de los ciudadanos a sus propuestas.

En la nueva situación, la espiritualidad es libre con respecto al poder y la riqueza y el poder político es libre con respecto a la espiritualidad. Esta es una situación nueva en las grandes religiones occidentales.

Definitivamente la espiritualidad se disocia de la sumisión, de la coerción y de la violencia mental o física. Con esta ganancia, lo que se llamaron religiones pierden la posibilidad de imponerse homogéneamente en las sociedades y estallan en diversidad y creatividad.

La organización de las sociedades es perfectamente autónoma de la religión y la espiritualidad, pero en esa nueva situación surge un problema inesperado: ¿de dónde sacarán los colectivos la cualidad humana que en el pasado proporcionaron las religiones por vía de las creencias?

Las nuevas sociedades, dotadas de potentes ciencias y tecnologías en continuo y rápido crecimiento, precisan de la cualidad y de la gran cualidad para gestionar el poder de sus tecnociencias, gestionarse ellos mismos y gestionar el medio. Ya nada en la tierra funciona autónomo de la intervención humana, somos los gestores de la totalidad, aunque todavía no hayamos cobrado plena conciencia de ellos y, sobre todo, sin que todavía hayamos sacado las conclusiones adecuadas.

Necesitamos de la cualidad humana y de la gran cualidad humana, más que en ninguna otra época de la historia de nuestra especie. No podemos ser tan necios como para pretender inventarla de nuevo. Sería estúpido desechar la sabiduría acumulada durante milenios por nuestros antepasados.

Podemos heredar plenamente todo el legado de nuestros antepasados a condición de que lo leamos y vivamos sin la interpretación de la epistemología mítica que toma como reales lo que dicen los mitos, símbolos y rituales. Podemos heredar ese rico legado si aprendemos a leer y vivir el mensaje de las tradiciones como puramente simbólico, sin más pretensión que hablarnos y orientarnos hacia la dimensión absoluta de la realidad, hacia la cualidad humana profunda.

Entonces la oferta de las tradiciones es libertad, paz y mansedumbre, distanciamiento del poder y todos sus atributos y distanciamiento de la riqueza. La espiritualidad no necesita para nada de príncipes de la iglesia, sino de maestros del espíritu. Esa sí que sería una oferta válida y necesaria para nuestras sociedades de conocimiento, innovación y cambio continuo. Eso es lo que las nuevas sociedades necesitan y lo que la espiritualidad puede ofrecer: cualidad humana, cualidad humana profunda. Vuelve a haber una relación entre la espiritualidad y la política, pero esta vez la espiritualidad no ofrece interpretaciones, valoraciones, sistemas de organización y de actuación, proyectos colectivos bajados del cielo, sino sólo espíritu, es decir cualidad profunda. Una cualidad sin la cual las nuevas sociedades no pueden funcionar correctamente. El poder no puede ofrecer nada a la espiritualidad, sólo puede adherirse a ella voluntariamente para ejercer mejor su función.

La espiritualidad no ofrece a las sociedades construcciones, sino que colabora a la educación adecuada de los constructores. Todavía nuestras sociedades no son plenamente conscientes de esta nueva situación. Todavía las iglesias intentan, por todos los medios, imponer a la sociedad sus patrones de interpretación, valoración, moralidad, organización familiar y colectiva. Y lo hacen con todo empeño y persistencia, porque creen que esa es la voluntad de Dios. Se mueven en una epistemología mítica que da por descripciones fidedignas lo que dicen los mitos, símbolos y rituales en los que se expresa la religión y la espiritualidad. Pretenden imponer, a los hombres de las sociedades de conocimiento globalizadas, patrones de vida propios de sociedades agrarias, autoritarias, patriarcales y locales. No advierten que ese es un empeño imposible, que lo único que consiguen es alejar a los miembros de las nuevas sociedades de todo lo que huelga a religión y espiritualidad,

porque por la insistencia de las autoridades religiosas, ligan ese legado de nuestros mayores a creencias, sumisiones, coerciones e imposiciones a la fuerza.

A nuestro juicio ese es un error funesto de las autoridades religiosas cuyas consecuencias pueden ser la ruptura completa de la tradición. Si seguimos por esos caminos, - ya hemos andado un buen trecho-, las nuevas generaciones se separarán por completo de las tradiciones religiosas y tendrán que descubrirlas por su cuenta de nuevo. Eso sería una calamidad, porque pocos son capaces de esa tarea; la gran mayoría se quedará sin nada, sin bases sólidas para cultivar la cualidad humana. Esas generaciones sin un cultivo serio de la cualidad humana, porque les faltan procedimientos acreditados, serán los que manejarán nuestras tecnociencias. Una situación verdaderamente explosiva.

Por su parte tampoco los partidos políticos y el poder se han hecho conscientes de la nueva situación. Continúan mendigando la aprobación y la legitimación de las autoridades religiosas, como si todavía tuvieran el poder de cohesión y coerción del pasado. Podríamos decir que los partidos y el poder todavía buscan el pacto con la religión. Y las religiones, en la medida de sus posibilidades, exigen ese pacto aunque sea parcial y sectorial.

Esta actitud del poder también es sumamente dañina para la sociedad, porque impide hacer los cambios que las nuevas condiciones culturales requieren. Se traba con concepciones de hombres que ya no existen, los de las sociedades preindustriales, la vida y la organización de los que realmente existen.

Esta situación paradójica no se daría si los ciudadanos mismos no estuvieran en su interior divididos entre unas necesidades perentorias en las nuevas sociedades industriales globalizadas y los restos de concepciones y patrones de sociedades del pasado. Los cambios y transformaciones han sido demasiado rápidos y no nos ha dado tiempo a evolucionar convenientemente para estar donde verdaderamente estamos.

Parece ser que esta situación de escisión interna de los ciudadanos no durará mucho. A las generaciones que ahora tienen alrededor de los cuarenta y cinco años, y las que son más jóvenes, ya no les queda apenas residuos religiosos ni de creencias propias de las viejas tradiciones. Su ignorancia de esos asuntos es casi completa. El precio de esa no escisión interna es un desmantelamiento axiológico total.

La consecuencia de estas reflexiones nos conduce a una serie de constataciones.

La comprensión de las religiones y su función ha cambiado al ritmo del cambio de nuestros modos de vida. La rápida transformación de las tecnociencias y sus consecuencias en las maneras de vivir, la convivencia de culturas y religiones diferentes, la teoría de la ciencia y del valor como construcciones humanas modeladoras de la realidad han transformado nuestra epistemología general y, en particular, la epistemología de la religión.

Las religiones ya no pueden ser interpretadas como descripciones de la realidad de la que hablan, sino como meros sistemas simbólicos que apuntan a aquella dimensión de nuestro vivir que no es relativa a nuestras necesidades, que es, por consiguiente gratuita, absoluta y, por ello, no puede ser modelada, sólo puede ser aludida con símbolos y metáforas.

Las religiones, en las nuevas sociedades, ya no pueden ser proyectos de vida colectiva bajados del cielo. No pueden presentarse como el fundamento de creencias intocables, reveladas. Son construcciones humanas en las que se expresa la dimensión absoluta de lo real, semejantes a las artes, en las que se desvela la belleza de lo real. Esto supone una transformación de la noción de "revelación", no su desaparición.

Al perder su condición de "proyectos colectivos" con garantía divina y al desaparecer la epistemología mítica que daba como descripción de la realidad lo que dicen los mitos, símbolos y rituales, las religiones pierden la utilidad que para la política ejercieron en el pasado. En el pasado se vivieron como creencias obligatorias que debían imponerse por orden

de Dios. Esa era la base de la cohesión colectiva por sumisión y base de legitimación de las funciones del poder, coercitivas, con violencia si es necesario.

Desde la perspectiva del pasado, las grandes tradiciones religiosas se han tornado inútiles para el poder político. Por el contrario, su utilidad es más sutil, aunque imprescindible para orientar, estimular y proporcionar ya no creencias, sino procedimientos del cultivo de la cualidad humana, cuanto más honda, mejor.

Esa cualidad humana sólo se puede ofrecer, no se puede imponer; tiene que ser fruto de una adhesión voluntaria que no se hace una vez por todas sino que se debe mantener a lo largo de toda la vida de los individuos y los grupos. Esa oferta de cualidad humana honda, sin imposiciones y de adhesión libre, es la base sobre la que deberán asentarse la construcción de postulados y proyectos axiológicos que requieren los individuos y las sociedades de conocimiento, de continua innovación cambio.

Sólo constructores de calidad puede crear construcciones de calidad. Sin esos hombres y colectivos de calidad, nuestras potentes ciencias y tecnologías, en continuo crecimiento, podría acabar con nosotros y con el medio. Hay que abandonar la idea, todavía corriente, de que las ciencias y técnicas nos bastan para resolver todos nuestros problemas. Ese tópico colectivo es un gran error.

El mayor problema que tenemos en las nuevas sociedades es axiológico y para resolver problemas axiológicos las ciencias y las técnicas son inútiles. Estamos desmantelados axiológicamente y con ese desmantelamiento conducimos la creación de todas nuestras ciencias y tecnologías y gestionamos nuestro destino y el de toda la vida en el planeta.

La creación de un sistema de valores adecuado a las nuevas sociedades es tarea de individuos y colectivos de cualidad. Esa cualidad debe conducir la política.

También la política tiene que cambiar, aunque todavía no lo ha hecho convenientemente. No puede ser impositiva, sino que tiene que fundamentarse en la adhesión voluntaria de los ciudadanos. En las nuevas sociedades de conocimiento, todo tendrá que basarse en la voluntariedad, si queremos que funcionen correctamente y con eficacia. El conocimiento y la innovación en todos los campos no se genera desde la sumisión y la imposición, sino desde la libertad y la voluntariedad. Una sociedad con estos rasgos no puede basarse en la sumisión sin dañarse a sí misma.

La política al no poder ser impositiva, no necesita legitimación exterior a ella misma. La fuente de su legitimación es la calidad de sus ofertas y la adhesión voluntaria de los ciudadanos, renovada periódicamente.

Sin embargo, la política está funcionando todavía con patrones organizativos y de acción, propios del siglo XIX; como si no existieran los medios informáticos y las sociedades de conocimiento globalizadas de continua innovación y cambio. Según nuestro criterio, esta es la causa de la crisis de los partidos, de las organizaciones sindicales y de las relaciones internacionales.

En las nuevas circunstancias culturales, la política no necesita para nada de la religión como sistema de creencias; resulta ser más bien un estorbo para la flexibilidad que requiere la política en esas nuevas formas de vivir colectivas. Por el contrario, necesita de la cualidad humana que le podrían proporcionar las grandes tradiciones religiosas y espirituales para poder crear y ofrecer proyectos de vida colectiva que provoquen la adhesión voluntaria de ciudadanos y grupos.

Necesitamos una política libre de la religión; necesitamos una religión libre de la política, como necesitamos una espiritualidad libre de creencias. Una espiritualidad libre sería la mejor ayuda a una política libre. Pero la espiritualidad no podrá nunca desentenderse de la cuestión política.